

## **CARTOGRAFÍA DE BRIVIESCA**

Cuando pasa algo así, el susto no te lo quita nadie. Vale que siempre he contado con el apoyo de mi esposo, pero lo que siempre te da miedo es lo excepcional. Levantarte un día cualquiera, mirarte en el espejo del baño con las legañas aún pegadas en los ojos y al girarte, ahí está: un tatuaje en tu espalda que no te esperas. Porque yo no he sido nunca de tatuarme, ni una mariposa en el empeine del pie. Aunque quede muy bien la fragilidad de las alas pintadas cuando vas a la playa. Pero siempre he creído que el tatuaje es para los piratas, que mejor dejar un cuerpo sin tinta que uno pintarrajeado, ¿no? Pues ahí estaba yo, a punto de entrar en la ducha, con un pie dentro y, sin más, esas líneas negras. No se borraban por mucho que les diera con la toalla. Y lo primero que hice fue despertarle y decirle:

–Cariño, sé que estás dormido. Respira. Así, poco a poco. No pasa nada, tranquilo. ¿Tú me has hecho esto?

Me lo negó. Y por mi cabeza lo primero que corrió es que algún fantasma, de esos que salen en las películas, se divirtió por la noche pintándome con un rotulador líneas imaginarias. O que, quizás, ya lo tenía y que lo que me pasaba es que estaba perdiendo facultades. Memoria, vamos. Pero no. Mi esposo abrió mucho los ojos y me miró sin saber qué decirme. Se embobó y por mucha bofetada que le diera, se quedó en el más allá del asombro. Suerte que llevamos más de veinte años en este piso y volver al lugar no le costó demasiado. Hasta que se armó de valor y tocó las líneas. Con sus dedos me repasó todos los bordes. Y se rascó la cabeza.

–Es un mapa –me dijo muy serio–. Parece un mapa del Vaticano.

Negué con la cabeza y me puse la camisa. No podía ser. Serían los pliegues de las sábanas, el tintado del pijama. Yo que sé. Preferí no darle más vueltas. Ese día mi piel no tocó el agua. Él se fue al trabajo. Y cuando me quedé

sola en casa, decidí comprobarlo con calma. Me puse de espaldas al espejo grande del lavabo, y con el de maquillarme vi esas líneas tan diáfanos. En el centro había una plaza, alrededor edificios; era un cuadrado perfecto, regular. Y en una de las esquinas había unas letras. Pasé el día contando las baldosas de casa y haciendo sudokus, encontrando cosas para hacer para no volverme a mirar en el espejo. Cuando volvió, le pedí que mirase, por favor, qué ponía. Muy poco. A penas un año: 1868. Y unas iniciales: F.C. Mi espalda estaba repleta de toda una incógnita, y teníamos que desvelarla. No es normal que una amanezca así sin más. Alguna explicación debería haber, ¿no? La primera que barajamos fue que esa noche nos durmieron, entraron en casa, robaron y me pintaron para divertirse. O me pintaron solo, no sé, porque no nos faltaba nada. Total, que revisamos los sistemas de alarma. Ninguna señal. La segunda que consideramos seriamente es que era alergia a algo. Quizás a las torrijas que nos comimos antes de acostarnos. A ver, que me comí yo. Porque él está con la lechuga y el tomate todas las noches. Así que acabamos en la consulta del dermatólogo.

-Esto es un mapa, está claro -nos dijo.

Veamos, no fue una respuesta muy científica. Al menos, no es la que queríamos oír. Sí que era una constatación por parte de un profesional. Pero no nos pudo ayudar más. El pobre era muy joven, y debió parecerle muy raro todo, porque lo vimos apretar más de una vez un botón que tenía debajo de la mesa. Luego supimos que era que para que la seguridad del hospital nos acompañase, amables como eran, a la salida. Ni una receta. Solo una certeza:

-No es el Vaticano. Ahí no está pintada la Basílica de San Pedro -sentenció antes de despedirnos ante la insistencia de mi esposo.

Y confiamos en él. Al menos no se trataba de una representación religiosa. Porque entonces hubiesen entrado en juego los ángeles. Y eso lo hubiera liado aún más. Así que, de nuevo en casa, pensamos. Nos estrujamos el cerebro mucho. Divagamos diciendo que podría tratarse de un mapa del tesoro, pero ahí no había equis alguna por ningún sitio. Suerte que tuve la idea de que mi esposo me hiciese una foto de la espalda y la imprimimos. Porque era un incordio estar

todo el día pidiéndole que me pasara la lupa, por si daba con la solución al enigma. Y una vez tuvimos esa representación en papel, mejoramos las teorías.

–¿No estarás embarazada?

No respondí a esa pregunta hasta que pasó al menos media hora. Me quedé quieta en el sofá, con la mente en otro lugar. ¿Y si tenía razón? Si eso fuera así, nos podríamos a llorar de alegría. Si la teoría era cierta, ¿el mapa era resultado de un antojo? De un antojo muy grande, por cierto. Asentí, cogí el bolso y fui corriendo a la farmacia. Suerte que él me detuvo antes de salir por la puerta, porque despistada como estaba no llevaba camisa ni nada. Una vez todo estuvo puesto en su sitio, compré la prueba de embarazo. También la del Covid, no fuera a ser uno de esos síntomas raros que provoca. Me la hice. Di positivo. En la de embarazo, quiero decir. Lloramos. Reímos. Nos abrazamos. Abrimos una botella de vino. Y, claro, no bebí porque estaba embarazada. Y nos dejamos a caer a plomo, derrotados, en la cama. Porque ese mapa era la constatación de un antojo. No cabía otra explicación.

Y me acostumbré a él. ¿Qué hacer si no? Lo llevé en mi espalda meses, aceptándolo como parte de mi piel. No sé cuanto tiempo debió pasar, lo que sí sé es que mi barriga ya había crecido y me costaba agacharme. Era verano. Habíamos puesto la piscina hinchable en el jardín. Estaba en bikini. Y entonces él, jugando nervioso con su reloj de pulsera, me dijo una mañana sin dejar de tocarme la espalda:

–Cariño, creo que te han salido más calles.

Y esta vez no fuimos al médico. Teníamos que abordar el asunto seriamente, y no dejar pasar más. Pero había que hacerlo como verdaderos profesionales de la cartografía. Nada de lugares a mano alzada. Es decir, si en mi piel se había pintado un callejero había que averiguar a qué ciudad pertenecía. No fueron pocas las horas que estuvo mi esposo mirando con la lupa cada detalle, pasajes, callejuelas y la planta de los edificios. Hasta que encontró algo y dio unos pasos hacia atrás, temeroso y con la boca tan abierta que me pareció que le había dado algo. No podía hablar, solo me miraba. Suerte que siempre tengo a mano Agua del Carmen. Y después de que se recompusiera todo él, me contó lo que había averiguado:

-Es tu pueblo.

Detengámonos un momento aquí. De mi pueblo lo que debo decir es que en realidad es el pueblo de mis padres. Y que también tiene el título de ciudad, para que os quede claro. Por eso lo llamamos de las dos maneras. Y bueno, era el pueblo de mis padres porque ellos ya no están aquí. Yo nací en la capital. Solía ir allí de niña, a jugar en las calles y a hacer flotar barcos de madera en el río. Por eso lo que lo primero que le dije es que mirase mejor, por si veía una línea bordearlo lateralmente.

-¿Es el río Oca? -le pregunté.

Hizo un ruidito extraño, que confirmó la teoría. Y tengo que agradecer a mi esposo esa retentiva en los espacios. Él nunca ha estado en mi pueblo. Pero sí ha visto fotos. Se ha interesado por su historia, porque a él le gusta todo lo que ha sido romano. Y no tengo ni idea cómo pudo unir la poca información que tenía con el dibujo. Luego me lo contó, obvio. Que lo había adivinado por la plaza Mayor. Que ya al principio le sonaba esa construcción. Pero que luego al expandirse el dibujo pudo observar las nuevas calles, que pertenecían al presente. Lo comprobamos. Y nos dio por averiguar a qué se debía la fecha que tenía grabada, y las iniciales. Y cuando nuestra teoría se conjugó, nos besamos como si ese fuera el fin de nuestra película. Porque por fin podíamos asegurar que sí, que ese tatuaje sorpresivo era, ni más ni menos, que mi pueblo: Briviesca.

Y 1868 es una fecha importante, porque es precisamente cuando Francisco Coello -de ahí las iniciales F.C.- publicó su *Atlas de España y sus posesiones de Ultramar*. Era el cartógrafo principal del país. Ahora lo digo como si fuese una experta, como veis. Pero he tenido que estudiar mucho para llegar al desenlace. ¿Por qué no caímos al principio? Porque en su mapa sólo aparecía la Plaza Mayor, y en una cuadrícula perfecta unos cuantos edificios y unas pocas calles, delimitadas por acequias. Ha llovido mucho desde entonces. Que al principio no estuviera el polígono industrial nos despistó. Pero es verdad que el trazado perfecto de sus calles se mantiene. Y ni os quiero contar el entusiasmo de mi esposo. A la sorpresa del hallazgo le siguió la manía diaria de querer encontrar en mi espalda las calzadas romanas o el Monasterio de Santa Clara.

La cartografía de Briviesca pasó a ser su mayor felicidad. A mi costa, por supuesto.

–Ah, ya veo el Cerro de San Juan. ¿Eso puede ser el Santuario de Santa Casilda? ¿Sabías que el primer nombre del pueblo fue Virovesca? –me preguntaba.

Sabía él más que yo. Y es que siempre fue muy curioso. Pues bien, una vez teníamos el enclave geográfico vino la cuestión principal: ¿por qué a mí? ¿Realmente era un antojo o había algo más detrás? No nos dio mucho tiempo en ahondar en motivos, ni fantásticos ni reales, porque empezó ese picor agudo en la espalda. Y todos los días tenía que emplear sus dedos ágiles para que me rascase. Algo pasaba ahí. Mucho más aún, me refiero. Y, claro, como lo tenía tan metido en la historia del pueblo, él siguió indagando. Se compró una lupa de infinitos aumentos. Y ahí fue cuando decidimos que teníamos que poner punto y final al asunto. Pero para siempre.

–¿Qué día es hoy? –me preguntó, misterioso.

–Quince de agosto –le respondí sin entender.

–Son las fiestas. Tienes a todo el pueblo celebrando las fiestas. Aquí –señaló un punto en mi omoplato–. Por eso te pica tanto. Deben estar ensayando el himno en la Plaza Mayor.

¿Que cómo reaccioné? Mal. Y quiero que me entendáis: una cosa es tener unas líneas dibujadas; otra muy diferente a todo un pueblo celebrando Nuestra Señora y San Roque en la espalda. Cierto de la suerte de esa lupa que se compró. Menos mal que averiguamos el origen de la dermatitis. Porque no sé muy bien qué hubiese pasado si no lo hubiéramos sabido. Teníamos claro que al médico del principio no volvíamos ni locos. Le cogí de las manos. Le miré a los ojos. Y le dije:

–Tenemos que ir a hablar con el alcalde.

Fuimos en coche. Nada, a media hora desde Burgos. Y en el viaje me preguntaba sin parar por la casa de mis padres, que era la de mis abuelos también. Que ahora era mía pero que había dejado de lado. Sin ir desde hacía años. Muchos años. Y fue coger la autovía del Norte en dirección al pueblo y

notar el fuego en las líneas de mi mapa. Él no paraba de hablarme de las almendras garrapiñadas y la morcilla. Pobre, es que lo tengo a dieta y vio mi regreso como un milagro para su estómago. Más de una vez miré el asiento por si tanto calor había traspasado a la tapicería. Lo que faltaba era salir ardiendo. Pero no. Pasando por Prádanos de Bureba el calor se convirtió en un cosquilleo agradable, reconfortante. ¿Tenía miedo a volver porque allí estaban mis padres enterrados y no quería aceptar su muerte? Ya, es una pregunta muy sensible. Pero me estaba psicoanalizando, y quizás algo de razón tenía. O no. Porque el problema del mundo de hoy es el olvido. No recordar las raíces. Ser arrastrada por un tiempo cruel que hace que debas conseguir objetivos y objetivos. Cuando es posible que el único objetivo sea la memoria. Celebrar continuamente la vida. Y no olvidar lo que eres.

–¿Qué me dices del monasterio de Santa Clara? ¿Y de la fiesta de los novios? –preguntaba sin parar.

Sorteé las preguntas como pude. Hasta que llegamos. Fue como si un agujero infinito se hubiera abierto en mi pecho. Algunos lo llaman angustia. Yo lo llamo deseo. Nos desviamos a la Avenida Mencía de Velasco. La taquicardia iba en aumento. Giramos a la izquierda más adelante y llegamos a la Plaza Mayor. Habían pasado más de veinte años. Pero mantenía la belleza que recordaba. Con el templete de la banda, en el que tantas veces había jugado con mis amigas. Los bancos, los árboles. La iglesia de San Martín. Salimos el coche. Pisé adoquín. Una nube medio rota destapó el sol. Y es ahí cuando las líneas se difuminaron. Me sentí liberada. Mi esposo me lo confirmó:

–Ya no te queda mapa, cariño. Se ha borrado –me dijo, pasándome el brazo por la cintura.

La frase se quedó rodando en mis oídos. Volver consiguió la comunión perfecta del cuerpo y la tierra. Una angustia al principio, claro. Pero sin duda que todo fue motivado por la necesidad inconsciente de regresar a ese lugar. Es que la mente es muy rara, ¿no? Eso siempre se dice. Y no sé si fue un antojo. La verdad es que dejamos las teorías científicas para otros. Simplemente, relato lo que sucedió. El tatuaje desapareció como si no hubiera sucedido. Y tampoco estoy para dar consejos. Pero si los tuviera que dar, os diría: primero, volved al

origen; segundo, agárrate a alguien si rompes aguas. Y grita bien fuerte. Sobre todo, si el niño que vas a tener, como el mío, es tan rápido que saca la cabeza antes de que te dé tiempo a llamar al alcalde para explicarle esta historia. Que es lo que pasó, por supuesto. El destino es muy pillo. Menos mal de la sombra del templete, porque era agosto y estábamos en fiestas. Y dar a luz en medio de la plaza con los calores como que no. Por cierto, ese día mi esposo comió morcilla.